

OBITUARIOS

BEN WEIDER

Una vida tras las huellas de Napoleón

JULIO VALDEÓN BLANCO

Napoleón murió mancillado en Santa Elena y un investigador canadiense consagró su vida a desenterrar pruebas de su hipotético asesinato. Ben Weider, nacido en Montreal, Canadá, en 1924, fue un hombre singular, obsesionado con el sino del emperador, empresario bendecido por la suerte, coleccionista compulsivo de objetos relacionados con el viejo estratega tocado bajo la nieve de Rusia y liquidado en Waterloo por el Duque de Wellington. Además de su pasión por la historia (escribió un libro de resonante aceptación en torno a Napoleón, como veremos más adelante), simultaneó sus estudios y el apostolado del culto al cuerpo.

Fundador, junto a su hermano Joe, de la FIBB (*International Federation of BodyBuilders*), batalló incansablemente para que el deporte de las pesas fuera reconocido por el Comité Olímpico Internacional. Estuvo al frente de la organización hasta finales de 2006, momento en el que, edad obliga, decidió jubilarse. Como campeón del músculo, fomentó la fiebre por los gimnasios y la dudosa belleza de los cuerpos inflados. El mismo era un reconocido atleta que no dudaba en predicar con su sudoroso ejemplo. Original siempre, había recibido numerosas condecoraciones, unas por su labor al frente de la FIBB y otras por sus investigaciones napoleónicas, entre ellas la Orden de Canadá, la Orden de Quebec, la Legión de Honor francesa o el singular título de Caballero de la Orden de la Mesa Redonda.

Cuentan los presentes que en su funeral, austero y oficiado por un rabino (Weider era judío), ningún otro título excepto la Estrella de David adornó el féretro. Conocido por su tolerancia, el aventurero convencido de que Napoleón había muerto tras ingerir veneno, tesis ampliamente glosada en su polémica obra *El asesinato de Napoleón*,



AP

firmado junto a Sten Forshufvud, Weider era reconocido entre los especialistas como un controvertido y tenaz investigador, nunca extasiado ante sus propias conclusiones. Recientemente, la Universidad Estatal de Florida había creado un instituto consagrado al estudio de la Revolución Francesa y Napoleón, bautizado en su honor.

En los últimos tiempos Weider acariciaba la culminación de uno de sus proyectos más queridos: la apertura, en el Montreal Museum of Fine Arts, de una sala especial dedicada a conservar su colección napoleónica. Entre las más de sesenta reliquias de gran valor, acumuladas a lo largo de

una vida de continuos viajes y compras, figuraba la máscara mortuoria del general. Con independencia de las disputas sostenidas por los especialistas respecto a sus obras, la colección ofrece un singular viaje por la memoria, abigarrado ejemplo que habla de Napoleón y, como todas las colecciones, todavía más del hombre dedicado a reunirla.

«Sus deseos serán respetados», comentó a *La Gazette*, el diario que mejor ha informado de su muerte, Nathalie Bondil, directora del museo dijo que «estaba muy entusiasmado con la apertura de la exposición permanente y había trabajado en ella hasta el último detalle». Pre-

sidente y fundador de la Sociedad Internacional Napoleónica, Weider había sido propuesto para el Premio Nobel de la Paz en 1984 por sus esfuerzos en favor de la paz en Israel. El hijo de unos inmigrantes polacos, que llegaron a Canadá huyendo de la miseria y las persecuciones en Europa, quebrantó las profecías respecto a su destino e hizo realidad el sueño de todo prófugo del hambre más allá de cualquier convención.

Ben Weider, empresario, nació el 1 de febrero de 1924 en Montreal (Canadá), ciudad en la que falleció el 17 de octubre de 2008.